

## Breve respuesta a “Un flaco favor” de Simon Fitzgibbon

Por buscar un lado positivo a la crítica recibida en tan duros términos, diré que me alegro de haber movido a alguien a tanto trabajo. Intentaré considerar una especie de honor que la mayoría de un artículo tan largo de un profesor esté dedicado a mí y a mis opiniones y sólo un poco a mi imperfecto trabajo de traductor. La verdad es que tamaña lluvia de rabia alrededor de mi nombre, que aparece doscientas treinta y una veces, de las cuales doscientas veintidós con el Sr delante, además de impresionarme, me ha dolido.

¡Tres años para criticarme!

Una pena, porque si en los siete meses que transcurrieron entre que entregué todas mis notas de traducción (a APTAE, a Simon Fitzgibbon, a Marta Barón y a todos los que las quisieron) y se publicó el libro hubiera recibido algo de esta crítica, quizás el libro estaría mejor.

Por otro lado, me extraña que alguien dedique tanto esfuerzo a criticar lo que considera el irrelevante y frívolo trabajo de un advenedizo. Duele, pero hay algo en la magnitud de la desproporción, que funciona como analgésico; hay algo que no cuadra. Como no cuadra que me envíe el texto encabezado por un “Estimado Eduardo”.

Superado el primer golpe, intentaré contestar de forma breve al libelo *Un flaco favor*. Soy incapaz de leérmelo con atención pero, obviamente, casi todo lo que dice me parece discutible. No deseo hacer un análisis pormenorizado del montón de insultos, exageraciones y tergiversaciones, sólo lo comentaré por encima, por si le interesa a quienes no me conocen y han recibido el texto de Fitzgibbon.

Sobre las descalificaciones personales y los motivos espurios de mi trabajo:

Discrepo.

Sobre el plagio:

¿Qué es lo que está plagiado? Puede ser que Fitzgibbon llame plagio a los datos enciclopédicos. Consulté sobre todo en la Britannica y en Encarta, pero no copié más que cuando lo digo. Me pareció innecesario –error– apuntar como citas el origen de conocimientos generales o datos que se pueden encontrar en cualquier enciclopedia y que no formaban parte del texto principal. Tomo nota de incluir bibliografías completas en futuros trabajos. Y es cierto que no menciono a Fischer cuando bromeo sobre un título en que pensó Alexander para su libro y que leí en la introducción de aquél. Lo añado a la *Fe de erratas, errores y aclaraciones adicionales* (así se ha llamado desde un principio, porque *fe de erratas* nunca se ha ajustado a su contenido). Además, lo siento profundamente si he podido a faltarle a Fischer, porque creo que ha realizado y realiza una labor valiosísima y porque, por lo que lo conozco personalmente, lo tengo en mucha estima.

Sobre mis opiniones sobre Alexander:

Admiro a Alexander y su obra y acudiré, si se plantea, a un debate público con quien lo desee y con algún moderador; seguro que será muy constructivo.

Todo lo que no es obra de Alexander sino mía, va firmado y está claramente separado del texto principal.

La defensa de la inconveniencia de incluir tan poco instruidas opiniones en la edición impresa de un libro de Alexander es comprensible. Posiblemente, hoy no lo haría.

Sobre los errores de traducción:

Por supuesto que los hay y los lamento. Cuando le doy un libro a alguien, procuro incluir la lista de todos los detectados hasta entonces. Esta lista está disponible desde el primer día en internet y la actualizo siempre que encuentro o se me informa de un error. Cualquiera puede hacerlo. También fue enviada a Fitzgibbon como secretario de APTAE para que la adjuntara a las copias que tenía del libro. No me consta que ninguna de las veces en que envié la lista a APTAE ésta fuera reenviada a sus socios. (Paradójicamente, de todas las cosas que he enviado a APTAE, sólo ha sido reenviada de forma indiscriminada una en la que yo pedía prudencia por afectar a otros profesores y parecerme que requería de estudio.)

Después del susto inicial al ver el volumen de *Un flaco favor*, y teniendo en cuenta que todo es opinable, veo que sólo dedica un párrafo a nombrar algunos errores dentro del texto principal, apuntando el resto de la crítica a lo que figura en la introducción dentro de *Terminología*, parte que fue ofrecida a Fitzgibbon para su discusión meses antes de ser publicada. El único error grave que observo es lo que apunta sobre percepción y apreciación, que ya está reconocido y en la lista hace casi dos años. Ojalá hubiera una nueva edición del libro para poder cambiarlo.

Los otros errores son del tipo haber traducido *assume* por asumir en lugar de por presuponer en alguna ocasión en que no debiera haber sido así, lo cual, al parecer demuestra que no sé ni inglés ni castellano. No digo que no sean indeseables los errores, me duelen todos y cada uno de ellos, pero me parece que la evaluación es algo exagerada. Casi todos los otros errores que menciona Fitzgibbon ya habían sido anotados para su corrección por si llegara una nueva edición. Sobre el uso de la voz pasiva, natural en inglés y mucho menos en castellano –y es lo último técnico que digo para no aburrir–, utiliza un argumento aparente pero carente de razón: dice que siempre que una oración está en forma pasiva en castellano, también lo está en el original en inglés, cuando, para ser criticable, debería ocurrir lo contrario.

Veo que no le gusta mi *fe de errores* (la llamaré así para abreviar). ¿Por qué no me ayudó con ella cuando le pedí que lo hiciera?

Siete meses antes de la publicación del libro, quienes quisieron obtuvieron todas mis notas de traducción junto con una invitación a hacer las aportaciones que creyeran necesarias, especialmente si su lengua materna era el inglés. Nunca fue un trabajo secreto. En la Asamblea General de APTAE de 2008, hice una llamada expresa a la colaboración. Desgraciadamente, quien me ataca perdió parte del acta de dicha Asamblea, aunque de lo que se recoge en lo que queda de ella se desprende un buen tono de colaboración y no de imposición de nada.

Desde aquél día hasta hoy, lamentablemente, sólo desde Argentina recibí material y crítica constructiva sobre la traducción, lo cual le agradezco mucho a Diego Kantor, y lo publiqué y se lo envié a la secretaría de APTAE. Lo recibido de Fitzgibbon a través de su crítica *Un flaco favor* y que

sea de utilidad, estará disponible en línea tan pronto como sea posible y será incorporado a las fes de errores que acompañen los libros.

En cuanto a que la traducción del título del libro ya es un disparate (*in Living por de la vida*), es opinable. Y pese a que mi cerebro deja mucho que desear para Fitzgibbon, el asunto es tan obvio que ya se me ocurrió tratarlo con quien quiso (pocos) y quedó el título actual. Quien asistió a la Asamblea de abril conoció el título previsto (los demás, quizás no, porque el acta no llegó sino parcialmente y en enero de 2009) y nadie hizo llegar una sugerencia de cambio.

Los profesores con los que debatí algunos términos durante la traducción y aquellos que me hicieron llegar sus comentarios sobre mis notas antes de su publicación podrán decir si fueron escuchados o no. Todos los que han deseado participar, han participado.

En noviembre de 2008, quise que el libro fuera publicado. Nadie pidió un aplazamiento para poder contribuir.

El trabajo de la editorial, dicho sea de paso, me parece muy bueno.

Fitzgibbon no me ha hecho llegar nunca hasta ahora una palabra sobre la traducción, la introducción o las notas; ni siquiera ha intentado comprobar si era posible dialogar conmigo. Parece que le sedujera más la idea de construir algo “demoledor” contra mí en estos tres años que la de contribuir al proyecto con su experiencia, pero no lo entiendo, porque no tenemos ningún conflicto personal que yo sepa.

Lamento los errores, intentaré corregirlos, y asumo mis opiniones, sabiendo que cambian con el tiempo.

Para finalizar: nada impide a nadie realizar y publicar una nueva traducción de la obra de Alexander. Veo un desperdicio encaminar los esfuerzos de personas tan formadas e informadas a desacreditarme. Lo digo sin ironía ninguna. Hay mucho por hacer en positivo.

Eduardo Tilve

07/04/2011